

El multiculturalismo. El mito de la convivencia en el Toledo de las tres culturas: el Museo Sefardí como paradigma

SANTIAGO PALOMERO PLAZA

Conservador-subdirector del Museo Sefardí de Toledo

Toledo como modelo de convivencia pacífica y de tolerancia entre diferentes credos y razas es una idea recurrente mantenida por corrientes historiográficas de muy distinto signo. Con todo, conviene volver la vista atrás y desterrar los tópicos oportunistas para mostrar la verdad en su desnudez tal como la revela la memoria histórica no contaminada por intereses coyunturales. Es ahí donde surge el mestizaje cultural de Toledo con toda su riqueza, de la que el Museo Sefardí da testimonio.

“Recuerdo la llave verde de entrada en el jardín de Alá que colocó el alarife creyente junto a la puerta del convento de Santa Clara, en Tordesillas, o en el propio paraíso de rasgos coránicos, interrumpido por una ventana mudéjar con su ajimez, al lado del juicio final estrictamente cristiano, en los muros de la iglesia de San Román, en Toledo. La convivencia de culturas tuvo sin duda poco que ver con la imagen dulzona que de ella se tiene. Sin embargo todo indica que en aquellas circunstancias una sociedad plural desde el punto de vista religioso fue capaz de sobrevivir, por encima de los conflictos, hasta la segunda mitad del s. XV”

Antonio Elorza “Velos y Quebrantos”, *El PAIS*, 3 de abril del 2002.

Cuando, en el año 2004, fui requerido en el Museo Arqueológico Nacional a un debate sobre multiculturalismo, lo primero que hice fue entrar en Google y apareció 12.700 veces citada la palabra en distintas páginas Web; cuando entro hoy, aparece 907.000 y sólo la palabra *multicultural*, 78 millones de veces es citada en las páginas Web y supongo que va a más.

El debate sobre multiculturalismo, contaminado inevitablemente por el problema del terrorismo internacional, sobre todo de origen islámico, ha puesto sobre el tapete, cuál debe ser la “línea roja” que

en una sociedad democrática puede ser cruzada y cuáles los límites de aceptación de “usos y costumbres” de otras culturas, que no menoscaben los derechos democráticos e incluso laicos de ambas comunidades. Una reciente encuesta de *El País* (sábado, 24 de junio del 2006) bajo el titular “Musulmanes y Occidentales se miran con desconfianza” muestra un abismo en la percepción del “otro” en ambas comunidades; además, en el caso español, se ha producido una radicalización hasta el punto de que el 83% considera “fanáticos” a los musulmanes. Países como Canadá en

EDUCAR EN CONVIVENCIA

América y Holanda en Europa, con gran tradición de acogida de inmigrantes, se han visto sorprendidos por la virulencia terrorista y al asesinato “en nombre de Dios”, lo que junto con el resurgimiento de la extrema derecha en los Países Bajos o de partidos contrasistema como el de La Lista de Pin Fortuyn, está haciendo tambalear las políticas tradicionales de inmigración tanto las liberales como las conservadoras.

Relectura de la memoria histórica

Es en momentos como éste cuando se mira al pasado en busca de una luz y es ahí donde resulta tentador hacer uso del mito toledano de la convivencia entre las tres culturas. Una de las mayores paradojas en la historia de España es que, siendo éste el país que más tiempo ha acogido en su seno a judíos y árabes en toda Europa, haya sido a la vez el país que “ha olvidado” con más facilidad su pasado semita y ese “olvido” no sería tanto problema si no hubiese ido acompañado de una campaña de “limpieza de la memoria”

Es en momentos como éste cuando se mira al pasado en busca de una luz y es ahí donde resulta tentador hacer uso del mito toledano de la convivencia entre las tres culturas. Una de las mayores paradojas en la historia de España es que, siendo éste el país que más tiempo ha acogido en su seno a judíos y árabes en toda Europa, haya sido a la vez el país que “ha olvidado” con más facilidad su pasado semita (...).

consistente precisamente en borrar esas “contaminantes huellas semíticas” de nuestro inmaculado pasado cristiano romano visigodo, que a pesar del corto periodo de dominación árabe, volvió como por arte de magia a las manos cristianas, de las que nunca ya volvió a salir, sobre todo, desde los Católicos Reyes.

El problema converso de judíos y moriscos acabó resolviéndose de la peor

forma posible con la expulsión de ambas minorías; si a ello añadimos el poder de la Contrarreforma y las ceremonias intimidatorias barrocas en forma de Autos de Fe, junto con la actuación de la Inquisición sobre los conversos, erasmistas, iluminados, brujas, nigromantes... entenderemos la intransigencia de esa España del Imperio reflejada en la literatura de nuestro Siglo de Oro. El Patio de Monipodio de Sevilla o la Corte y la ciudad de Toledo son zaheridos por Cervantes, entre otros, como representantes de esa España Imperial que es incapaz de resolver sus miserias y dar ni tan siquiera de comer a sus Lazarillos de la España Profunda. Sin embargo, cuando el Greco pinta el encargo de la *Vista de Toledo* (Museo del Greco, Toledo) allí aparece pujante la soberbia ciudad imperial con su mítico pasado clásico y una imagen remozada para volver a acoger la capitalidad perdida, con una nueva piel, en la que ni morerías, ni jude-rías, pero ni siquiera los adornos “árabes” de los arcos de herradura de alguna de sus principales puertas aparecen, remarcando por el contrario los nuevos edificios del “programa Imperial”: desde la Puerta Nueva de Bisagra, al Alcázar de Toledo y los Hospitales de Afuera y Santa Cruz.

La poca relevancia de la fuerza de la Razón en La España del siglo XVIII, con escasas y honrosas excepciones, tiene en la figura del exiliado Blanco White su representante más preclaro. Su obra en inglés sólo ha sido recientemente traducida por Juan Goytisolo y en la España del XIX fueron mayores las sombras conservadoras que las luces liberales. Por eso, cuando la generación del 98 comenzó a estudiar el “mal de España” encontró en algunos mitos antisemitas como aquel de “La Pérdida de España”, por la caída del Reino Visigodo a manos de los árabes su razón de ser: el mito de la unidad en el que Toledo, con la conversión de Recaredo al catolicismo y con la celebración de los más importantes Concilios, no sólo se



Sinagoga del Tránsito. Sede del Museo Sefardí de Toledo.

convertía en la capital Primada de España, sino en símbolo de la unidad política. Por eso se procura “olvidar” el breve paréntesis semítico como un período anómalo, entre el mundo visigodo y Los Reyes Católicos, que vuelven a instalar la unidad política y religiosa, aunque sea a costa de las expulsiones de los anticuerpos semíticos. La historiografía tradicional española en torno a Menéndez Pelayo y su multitud de seguidores harán de esta visión la “única” verdadera, lo mismo que de la etapa de la Contrarreforma harán de España un paradigma de la lucha contra la herejía y campeona del catolicismo contra conversos, erasmistas y demás laya de maldades.

Lo expresa muy claramente Goytisoló en la Introducción a la obra Inglesa de Blanco White: “*En España no sólo se here-*

dan propiedades y bienes; de generación en generación se transmiten igualmente criterios y juicios, y con honrosas excepciones, los historiadores y ensayistas del país siguen viviendo aún hoy, de las dudosas rentas de Menéndez Pelayo...En verdad resulta curioso que, desde la época de Isabel y Fernando, los campeones de la ortodoxia atribuyen todos los desvíos, errores y crímenes a una infracción del sexto mandamiento. Habría que examinar un día nuestra historia desde el punto de vista de la inteligencia judaica y la sensualidad musulmana para establecer sin lugar a dudas que ambas represiones se hallaban enteramente emparentadas y en último extremo se confundían..”

Para ello, tendrán que adoptar versiones casticistas sobre obras como el *Quijote* (Unamuno), allí encuentran una España

EDUCAR EN CONVIVENCIA

y una Castilla en que mirarse, llena como la actual de “hombres de la raza”. Bien es verdad que la generación del 98 aportó algunos aspectos positivos como, por ejemplo, el redescubrimiento del Greco por Cossio o la recuperación de Toledo y su paisaje romántico como un intento de “nacionalización” de lo árabe como estilo artístico “español” y comparable al “gótico” francés. El discurso de ingreso en la Real Academia de Bella Artes de San Fernando de Madrid por parte de D. Amador de los Ríos es la primera definición del “mudéjar toledano” como estilo esencialmente “español” y “toledano”, adscribiéndose incluso las propias sinagogas de Toledo al “arte árabe” como si de mezquitas se tratase.

La aparición de figuras como Ortega y Gasset en filosofía, Américo Castro en literatura y Manuel Gómez Moreno en historia del arte supone una auténtica ruptura con las tesis tradicionales, hasta el

Precisamente porque el olvido y el manto de silencio de cinco siglos habían cumplido su función de no contaminar la “Toledo triunfadora, Imperial y Cristiana” se podía reinventar y sustituir la cruda realidad histórica por un mito, un espejismo mágico, en el que antes de “vencer y convertir” a los semitas, hubo una “perfecta convivencia medieval entre las tres culturas” que sólo se rompió cuando las dos religiones semitas no “entendieron su conversión forzosa a la verdadera religión”.

punto de que todo este nuevo modo de ver las cosas del pasado español desde una perspectiva más semítica se plasmarán en aquella famosa frase de “España en su historia” en la que D. Américo Castro resume “La Historia de Europa puede entenderse sin la aportación semítica, la de España, no”, inaugurando las dos grandes corrientes historiográficas que hasta hoy: una esencialmente liberal y laica que se plasmó en la Institución Libre de

Enseñanza y en la Segunda República y otra muy conservadora y católica, que acabó con la primera en el franquismo: *“La famosa Enciclopedia Alvarez nos enseñaba desde niños que los primitivos moradores de la Península presentaban rasgos comunes a los de los tiempos modernos, prueba de la perduración secular de ciertos caracteres étnicos imborrables: de esa línea guadianesa que correría desde Sagunto a Numancia (pasando por Pelayo, el Cid, e Isabel la Católica al Alcázar de Toledo)... La defensa de esta esencia de espíritu, habría determinado a lo largo de los siglos la existencia de una lucha biológica necesaria contra la mortal agresión de los anticuerpos judíos, moros, protestantes, enciclopedistas, liberales, masones y anarquistas”.* (Juan Goytisolo, *El País*).

No es casualidad, pues, que hoy estas dos grandes corrientes representen los mismos roles: la primera, liberal y laica; y la segunda, católica y ultra conservadora. Ni es casualidad que la Iglesia Católica siga pretendiendo intervenir de manera descarada en la política y en la historia, hasta el punto de que en su propia Conferencia Episcopal se hacen eco de si la “unidad de España es o no un problema moral”. Recientemente un cardenal, sedente en Toledo, ha declarado en la prensa que los españoles “prefirieron la religión católica” sobre las otras dos monoteístas la judía y la árabe. Se le olvidó añadir que esa “pretendida preferencia” fue conseguida gracias a la “ilegitimidad moral” de las expulsiones, torturas inquisitoriales, persecuciones de conversos, tomas y asaltos de juderías y morerías, predicaciones de santos como Vicente Ferrer, juicios nulos como el del Niño de la Guardia...que todavía hoy forma parte del imaginario colectivo antisemita promovido por la Iglesia Católica, siendo objeto de culto en un santuario católico y paseado en procesión en el citado pueblo de la propia provincia de Toledo; además de convenientemente magnificado el

hecho en la propia Catedral Primada en las pinturas del claustro, para el que todavía hoy tuviera dudas del “secuestro” del Santo Niño.

Robert Rehrman ha releído desde Alemania la memoria histórica de Sefarad y en el prólogo a su libro, nuevamente Juan Goytisolo pone el dedo en la llaga católica: *“El importante papel desempeñado por la élite de cristianos nuevos, desde las conversiones forzosas a lo largo del siglo XV hasta finales del XVII, es escamoteado aún de forma sistemática por los autores representativos del nacional catolicismo castizo, cuya aversión a cuanto no sea latino eclesiástico o europeo nórdico (visigodo, franco, germánico) no necesita demostración alguna. El canon del relato histórico establecido por Menéndez Pelayo en la segunda mitad del siglo XIX y por Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz en la primera mitad de la pasada centuria, se erige como respuesta patriótica de una autoestima herida por la reivindicación romántica de la España mora por los liberales expatriados en Francia e Inglaterra, y a las tentativas tímidas de Amador de los Ríos, Adolfo de Castro y la Institución Libre de Enseñanza de develar el encubrimiento de la diáspora sefardí”*.

El Toledo de las tres culturas

Es en este contexto de relectura de la memoria histórica en el que debemos situarnos para comprender el mito de la convivencia de las tres culturas por cuanto hasta ahora se utilizaba frente al agresivo hecho de la Reconquista como “camuflaje” de un pacífico e idílico escenario de convivencia interreligiosa y cultural en la Edad Media. Este mito democrático, porque surge en la Toledo de los 80, consagra, sin duda con buenas intenciones, una visión idílica del problema semita que actúa como sedante del olvido permanente de las raíces árabes y judías en los mitemas toledanos. Precisamente porque el olvido y el manto de silencio

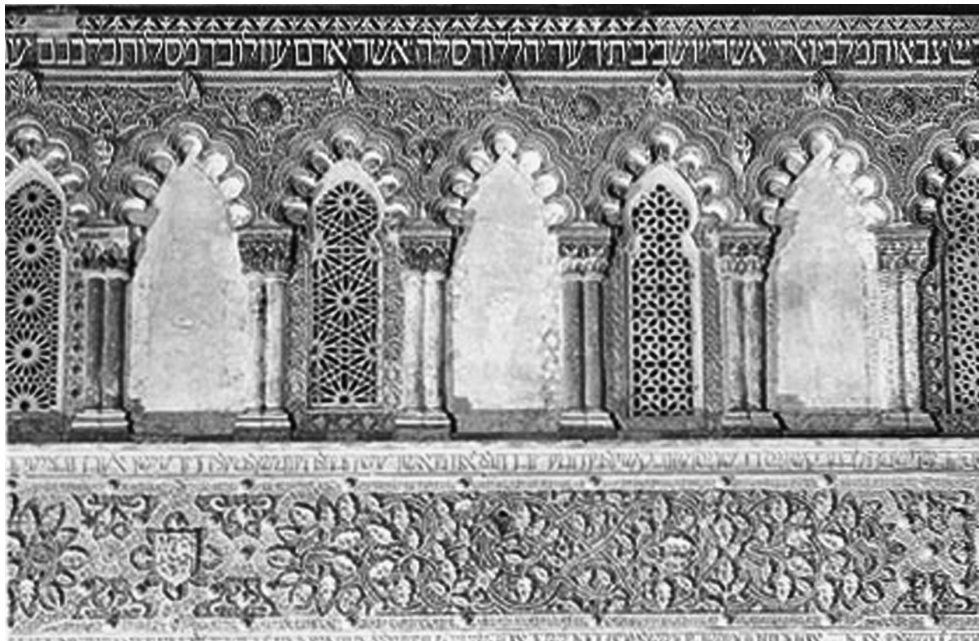
de cinco siglos habían cumplido su función de no contaminar la “Toledo triunfadora, Imperial y Cristiana” se podía reinventar y sustituir la cruda realidad histórica por un mito, un espejismo mágico, en el que antes de “vencer y convertir” a los semitas, hubo una “perfecta convivencia medieval entre las tres culturas” que sólo se rompió cuando las dos religiones semitas no “entendieron su conversión forzosa a la verdadera religión”.

Es Mikel Eplaza el que mejor analiza este mito entendiendo que Toledo ha sido antes un mito de unidad (católica) que

Esas raíces mudéjares medievales son la verdadera alma de la ciudad de Toledo y eso es lo que la relectura de la memoria histórica debe develar; del éxito o no de esa empresa dependerá que Toledo siga siendo una ciudad “musealizada” para la galería o por el contrario, vuelva a recuperar su mestizo pasado intercultural y pueda ser una voz de primera magnitud en el difícil escenario de la multiculturalidad y sus peligrosos abismos.

de pluralismo puesto que el modelo sociológico dominante fue el de una religión (y cultura) dominante (primero árabe y después cristiana) y dos minorías aceptadas o mejor aún “toleradas” (la judía y la mozárabe, primero y la judía y la mudéjar después). La tolerancia medieval tenía de positivo que admitía la existencia de otras religiones, aunque lo hacía desde la forma opresiva que daba la conciencia de superioridad. Por ello, las lecciones de presunta convivencia tienen muy reducida aplicación en nuestros días, fuera del pomposo título de Ciudad de las Tres Culturas que sólo es utilizado por los políticos y operadores turísticos. La historia religiosa entre las tres religiones monoteístas más mutuamente excluyentes del mundo no deja de ser, desgraciadamente, una historia de opresiones religiosas en nombre de cada Dios.

EDUCAR EN CONVIVENCIA



Sinagoga del Tránsito.

Otra cosa muy diferente y verdaderamente sorprendente es el hecho diferencial de lo que el Profesor Márquez Villanueva ha dado en llamar “mudejarismo cultural”, que sí es un espejo en el que podemos mirarnos, una vez comprendida la imposibilidad de intentar el entendimiento por las sendas y trochas intrincadas de las tres religiones. Desde el califato de Córdoba en el siglo X, pasando por la Taifa toledana de Al-mamun y los reinados cristianos de Alfonso VI, Alfonso X, hasta Pedro I en la segunda mitad del XIV tiene lugar una mudejarización cultural, con base inequívoca de partida en la cultura árabe, que en la práctica era actualizada en la Península por judíos, que pasan toda esa gran avenida de saber oriental al vernáculo castellano, que acaba siendo identificado como clave de un esfuerzo intelectual común, aunque a la larga será mucho más favorable para los cristianos. El fenómeno conocido en la bibliografía científica como “Escuela de Traductores de Toledo” y que Márquez Villanueva define mejor como “El ideal cultural toledano” es en

realidad un intercambio científico y cultural sin precedentes, auspiciado por un rey, Alfonso X, que bien merece el calificativo de Sabio, de carácter marcadamente urbano y centrado mayoritariamente en Toledo. Por eso, gentes de toda Europa peregrinaban a Toledo como fuente suprema de la filosofía y de las ciencias. El éxito de Alfonso X fue el de convertir el “ideal toledano” en la política cultural para todos sus Reinos.

El Museo Sefardí

El último gran monumento mudéjar es la vieja Sinagoga de Samuel ha Leví, vulgo de Tránsito, el último lugar sagrado en el que aparecen inscripciones árabes y judías, junto con símbolos cristianos. No por casualidad es hoy la sede del Museo Sefardí de Toledo desde el cual escribimos estas reflexiones. Ahí, en esa vivencia cultural común está el verdadero mito en el que debemos buscar nuestras raíces, olvidando lo peor de la España Imperial y Católica contrarreformista que tanto daño hizo a la convivencia común. Esas raíces mudéjares medievales son la verdadera alma de la

ciudad de Toledo y eso es lo que la relectura de la memoria histórica debe develar; del éxito o no de esa empresa dependerá que Toledo siga siendo una ciudad “musealizada” para la galería o por el contrario, vuelva a recuperar su mestizo pasado intercultural y pueda ser una voz de primera magnitud en el difícil escenario de la multiculturalidad y sus peligrosos abismos. Aquí se supo transitar con inteligencia por las anchas veredas de la cultura, ahí esta Toledo para quien la quiera ver. Si seguimos sólo mirando desde uno de los

lados, nunca veremos el otro lado del espejo de Alicia, en donde está la clave para permitirnos soñar que alguien, alguna vez, en algún lugar, solucionó uno de los problemas humanos más acuciantes hoy, el de la convivencia en la diversidad, por lo menos en el terreno cultural, hasta el punto que se decía en la Edad Media que, para estudiar a Dios (Teología), había que ir a París, para estudiar La Ley (Derecho) a Bolonia y para estudiar al Diablo (Las Ciencias de la Naturaleza) había que venir a Toledo... ●

Datos de interés

MARQUEZ VILLANUEVA, F: *El Concepto Cultural* Alfonsí, Madrid, Colecciones Mapfre 1492, 1992.
 PÉREZ HIGUERA, T: *Paseos por el Toledo del siglo XIII*, Madrid Ministerio de Cultura, 1984.
 GOYTISOLO, J: *Obra Inglesa de Blanco White*, Madrid Alfaguara Bolsillo, 1998.
 CASTRO, A: *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Barcelona Grijalbo Mondadori, 1996.
 BANGO, I: *Memoria de Sepharad*, Toledo, SEACEX, 2002.
 REHRMAN, R: *El legado de Sepharad*, Salamanca, Amarú Ediciones, 2003.

CARDAILLAC, L: *Toledo XII-XIII: Musulmanes, chrétiens et juifs. Le savoir et la tolerance*, París, Col. Autremont. Serie Memoires nº 5, 1991.
 CELDRAN, P : *Caminos de Sepharad*, Madrid Edit. Red de Juderías de España, 2006.
 PALOMERO, S: “El legado hispanojudío. Estado de la cuestión”, en *Le Patrimoine Juif Européen*, París Colecc. Revue d'Études Juifs, 2002.
 PALOMERO, S: “Diez obras Maestras de arte toledano y un epílogo” en *Toledo, la Ciudad y el Territorio de las Tres Culturas*, Barcelona, 2003.